

# .....ESTRUCTURA POLÉMICA DEL DISCURSO POLÍTICO.....

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 2014 EN COLOMBIA<sup>1</sup>



— .ridiculiza.—

40

Por:

**Teresita Vásquez Ramírez**

Docente Universidad Tecnológica de Pereira

Candidata a Doctora en Humanidades

tevara@utp.edu.co

**Resumen:** El presente artículo tiene como propósito poner en evidencia la estructura polémica del discurso político, cuya gestión de lo conflictual se caracteriza, de acuerdo con Amossy, por ser un proceso en cuya dinámica se imponen rasgos distintivos como la polarización, dicotomización y descalificación del adversario. Se ha seleccionado como corpus de estudio el cruce de las noticias que dieron cuenta del enfrentamiento entre los candidatos durante la segunda vuelta de la campaña presidencial, que circularon entre el 25 de mayo y el 15 de junio de 2014 en diarios como El Tiempo, El Espectador y la revista Semana, entre otros. El análisis será abordado desde la perspectiva teórica de la semiótica discursiva de la escuela de Paris y los estudios del análisis del discurso en torno al ethos.



## • STRUCTURE CONTROVERSIAL POLITICAL SPEECH. THE PRESIDENTIAL CAMPAIGN OF 2014 IN COLOMBIA

**Palabras Clave:** Discurso Polémico, Dicotomización, Polarización, Ethos Discursivo.

**Abstract:** This present article “The controversial political discourse structure. the Colombian presidential campaign of 2014” have like purpose put on evidence the controversial political discourse structure, whose management of conflictual is characterized according to Amossy, to be a dynamic process whose distinctive features are the polarization, dichotomization and imposing disqualification of the adversary. To address the analysis I have selected as corpus study the crossing of news which accounted confrontation between the candidates during the second round of the presidential campaign, documents circulated between May 25 and June 15, 2014 in daily El Tiempo, El Espectador and Semana magazine, among others. The analysis will be approached from the theoretical perspective of discursive semiotics School Paris and studies in the field of discourse analysis have been undertaken around the ethos.

**Keywords:** Controversial Speech, Dichotomization, Polarization, Discursive Ethos.

Todo discurso supone discursos anteriores y anticipa discursos futuros, entre los que necesariamente se instalan relaciones de poder, dominio e influencia. Estas relaciones pueden darse en un doble sentido: en algunos casos pueden ser de naturaleza contractual o cooperativa, en otros de naturaleza polémica o agonística.

El contrato de naturaleza cooperativa supone un intercambio entre los participantes en el que coinciden los intereses o programas narrativos de ambos actores; coincidencia que no supone, necesariamente, la aceptación incondicional de lo expresado. En este sentido, si la reciprocidad entre los actores pasa por un proceso de interpretación y comprensión, debe suscitarse una respuesta activa y en consecuencia una confrontación que, según Greimas, puede ser tanto polémica como contractual. Esta capacidad de respuesta polémica, no necesariamente explicitada es la que permite postular en el discurso a un proponente y a un oponente o como dirían Greimas y Courtès a un sujeto y a un anti-sujeto.

Greimas y Courtès afirman:

La actividad humana concebida en forma de confrontaciones caracteriza, en gran medida, el imaginario humano. Aun en los casos en que la narratividad no esté organizada como un enfrentamiento entre dos programas narrativos contrarios (o contradictorios) que pongan en presencia un objeto y un antisujeto, la figura del oponente aparece siempre como una figura metonímica del anti-sujeto. (1979, p. 310)

Este tipo de contrato, como lo expone la semiótica, responde a la dinámica propia a que está sujeta la mayoría de intercambios de la vida cotidiana, la cual se caracteriza por la divergencia, más o menos conciliable, entre diferentes puntos de vista o posturas frente a un asunto particular.

Ahora bien, el contrato de naturaleza polémica o agonística es aquel en el que los sujetos enfrentan un desacuerdo declarado, más o menos inconciliable, en torno a sus programas narrativos; podemos decir, más ampliamente, que los participantes no comparten los mismos intereses y motivaciones dando lugar a diversos tipos de enfrentamientos discursivos.

El discurso político se configura en una esfera de las prácticas sociales en que emerge con mayor virulencia este tipo de enfrentamientos discursivos, dado que lo que está en juego es el poder. De acuerdo con Charaudeau (2005), el discurso político se define por la confluencia de un campo de acción en el que tienen lugar los intercambios simbólicos que se organizan según las relaciones de fuerza social, y un campo de enunciación, en el que se pone en escena el discurso.

[De esta manera] la significación y los efectos [de estas relaciones] resultan de un juego complejo de circulación y de entrecruzamientos de saberes y creencias que son contruidos por los unos y reconstruidos por los otros. Esta construcción-reconstrucción opera según el espacio que [los actores] ocupan en el contrato, y al mismo tiempo según el posicionamiento de los individuos que ocupan los espacios. (Charaudeau. 2005, p. 40)

La confrontación discurso-contradiscurso, instaura la relación entre dos actores que regulan la instancia enunciativa: una instancia a la que podemos denominar el proponente o sujeto del discurso, y una segunda que ocupa el lugar del contradiscurso y en la que se inscribe el oponente o antisujeto; ambas tienen como propósito dirigir sus discursos hacia un mismo blanco, el de la opinión pública, con el objeto de ganar el mayor número de adhesiones a sus respectivas propuestas.

La política en tanto dominio de una práctica social donde se juegan relaciones de fuerza simbólica para la conquista y gestión de un poder no puede ejercerse más que a condición de ser fundada sobre una legitimidad adquirida o atribuida, [...] pero esta no es suficiente, pues el sujeto político debe también mostrarse creíble y persuadir al más grande número de individuos con el que debe compartir ciertos valores. (Charaudeau. 2005, p. 60)

La referencia a la credibilidad fundada sobre la base de una legitimidad adquirida o atribuida se corresponde con la imagen o ethos discursivo del sujeto político configurada no solo a través de los comportamientos y la manera de hablar sino también a través del contenido de sus propósitos. En el dominio político no se pueden separar las palabras de quien las dice, argumentando buenas ideas pero poco carisma, pues, como dice Charaudeau, «en la política las ideas no valen más que por el sujeto que las expresa y las pone en obra» (2005, p. 91). Por tanto, el político debe saber construir un ethos de credibilidad y un ethos de identificación, el primero fundado, de acuerdo con este autor, en el discurso de la razón, el segundo en el discurso del afecto y las pasiones.

En este sentido, toda puesta en escena discursiva, ya se trate de un contrato cooperativo, ya de un contrato de tipo agonístico, configura un ethos de los participantes y, en consecuencia, un ethos de su interlocutor en el que convoca saberes, valores y pasiones. Dice Charaudeau (2005): «Toda construcción del ethos se hace en una relación triangular entre el Yo, el otro y un tercero ausente portador de una imagen ideal de referencia» (p. 93); es decir, el político dirige su imagen al interlocutor, al ciudadano, esperando que este adhiera a ella y al mundo ideal de referencia que le propone en su discurso.

En este sentido, el ethos de identificación busca construir diferentes tipos de imágenes que apuntan a llegar al más grande número de puntos de vista de los imaginarios sociales, razón por la cual el político juega sobre valores opuestos. (Tradición/modernidad, sinceridad/astucia, potencia/modestia). Las imágenes más recurrentes que construyen los políticos al respecto son el ethos de potencia o poder, el ethos de humanidad, el ethos de carácter, el ethos de inteligencia y el ethos de jefe. Vale anotar que estas imágenes dependen tanto de la época, de los imaginarios sociales y de ciertas coyunturas, como del tipo de gobierno en el que se construyen.

De manera, pues, que las instancias de poder y contra-poder ocupan un lugar cuyos actores, dada su posición, cuentan con la influencia para manipular, de un lado, construyendo una imagen propia, un ethos, a partir del cual se muestran como sujetos dignos de confianza y agentes imprescindibles para alcanzar el objetivo que está en juego (objeto de valor) y a su vez configurar un mundo posible deseable a los intereses del destinatario; el éxito de esta empresa, depende del tipo de simulacros construido por las partes.

Ahora bien, la estructura del discurso polémico, que se caracteriza por un intercambio fuertemente agonístico, es a menudo vista como un debate violento e irreflexivo. Contraria a esta postura, Amossy concibe la polémica como una forma particular de argumentar que puede, incluso, llevar a favorecer la deliberación democrática. De esta manera, ella se distancia, en parte, de algunos analistas y, en muchos casos, de la doxa común que circunscriben la polémica exclusivamente al campo de la batalla verbal, de la pasión y la violencia, desprovista de toda función argumentativa.

Maingueneau, citado por Amossy (2014), señala que la polémica, en tanto confrontación que busca eliminar simbólicamente al adversario, toma a su cargo los argumentos contrarios para ponerlos en clave negativa, lo que supone la puesta en obra de un sujeto cognitivo que se vale de la razón para oponerse a su contrario. La polémica requiere de un campo discursivo de dos polos que se delimitan mutuamente izquierda/ derecha, paz/ guerra, bueno/ malo: «isotopías antagónicas que forman sistema, cada una existe como reverso de la otra» (p. 57).

Este sistema isotópico expresado por Maingueneau, permite conectar con la estructura dialógica del discurso. Expuesto primeramente por Volóshinov y retomado posteriormente por Bajtin, el dialogismo en el discurso se evidencia a partir de dos movimientos: el primero, tiene lugar en la conciencia del enunciador

«El que percibe un enunciado ajeno no es un ser mundo privado de la palabra sino un hombre pleno de discursos internos» (Voloshinov, 1992, p. 159).

La palabra ajena es escuchada precisamente porque produce sentido en su interlocutor, y este sentido, que proviene de sus vivencias y de su acumulado histórico, le permite no solo «diálogos internos» en los que resuenan ecos de otras voces a partir de las cuales se despliegan valoraciones, posicionamientos y puntos de vista, sino que además activa, por contragolpe, una acción de respuesta que puede ser de distinto orden: acuerdo o adhesión, objeción o rechazo o simplemente indiferencia.

En el discurso polémico la palabra ajena resuena como contradiscurso; es decir, como una palabra antagónica en la que existe una oposición de intereses que hace emerger el conflicto

al punto de llegar a exhibir grados de polarización irreconciliables, verdaderas batallas verbales que recurren al señalamiento, a la negación o a la descalificación del argumento contrario. En ocasiones se recurre a la mentira, pero - dada la credibilidad o ethos previo del adversario - se produce un efecto de sentido de verdad. En este tipo de polémica, el interés de escuchar el argumento del oponente radica fundamentalmente en obliterar las razones de la parte contraria alterándolas a su favor o, como señala Maingueneau, poniéndolas en clave negativa, puesto que el interés es ganar a como dé lugar la contienda verbal. Este tipo de lucha o desafío que lleva el debate a límites extremos permite también interrogarnos sobre la capacidad que tienen las democracias de reconocer la diversidad y el respeto por la libre expresión.

Mayor razón, nos asiste este planteamiento, cuando la polémica en la esfera política tiene como escenario de representación el espacio público, espacio por antonomasia de la democracia, pero que obedece a sus propias lógicas de escenificación de acuerdo a sus intereses. Innumerables ejemplos se pueden tomar de los medios para sostener que la polémica o debate político confrontacional muchas veces resulta potenciada por el mismo tratamiento mediático: inscritos en un contexto pasional, los participantes del enfrentamiento, de un lado, y los medios, de otro, recurren al uso de un repertorio



altisonante y ampuloso para construir el espectáculo y generar una mayor expectativa entre los destinatarios, árbitros de la confrontación; este tipo de tratamiento de lo conflictual adquiere un aire «casi teatral» al tiempo que consigue instalar una atmósfera de hostilidad en la escena social. Por supuesto que, de otro lado, están las divergencias que persisten cuando se enfrentan concepciones de mundo irreconciliables y escalas de valores cismáticas que dan lugar a un diálogo de sordos.

Dice Amossy:

Podemos definir la polémica como un choque de opiniones antagonistas, ella marca el carácter constitutivo que allí juega el conflicto. Dominique Gerard (1998, p. 216) ve allí el trato definitorio por excelencia de la polémica: «el denominador común de los enunciados polémicos en todos los géneros no es la violencia sino el conflicto. Toda situación conflictual no ocasiona una toma de la palabra polémica [...] pero toda palabra polémica es resultante de lo conflictual. (Amossy, 2014, p. 56)

En consecuencia, considerar la polémica como un debate instalado exclusivamente en la violencia verbal y por fuera de lo racional la simplifica y de paso eclipsa sus rasgos definitorios originados en el conflicto: la dicotomización, la polarización y la descalificación del adversario.

Veamos estos rasgos:

La dicotomización radicaliza la controversia alinderando las opiniones en bloques antagónicos e irreconciliables, de tal modo que cada uno pugna por imponerse ante el otro. Mientras el debate argumentado se propone encaminar a los participantes hacia una solución del diferendo, la dicotomización «radicaliza el debate, lo vuelve difícil – a veces imposible- de resolver ». (Dascal, citado por Amossy, 2014, p.56)

Veamos este ejemplo: la campaña presidencial de 2014 en Colombia se definió, en segunda vuelta, entre dos candidatos: Juan Manuel Santos, quien utilizó como bandera de campaña los diálogos de paz que adelanta con el movimiento insurgente de las Farc, y Óscar Iván Zuluaga, detractor de los diálogos y defensor de la salida militar para someter a la guerrilla. Durante su campaña, Santos afirmó insistentemente: «Esta elección es entre la paz y la guerra» (Semana, 2014, Mayo, 16). Hoy, transcurridos los primeros tres meses de su segundo mandato, afirma:

«Yo no pienso –en absoluto– que los que no acompañaron mi candidatura estén en contra de la paz. La paz que buscamos es, en esencia, LA MISMA». Con esta frase, el Presidente quiso acabar la *dicotomía* que él mismo les planteó a los colombianos en campaña entre “el fin de la guerra” (que él ofrecía) y la guerra sin fin (que según él proponían los uribistas). (La Silla Vacía, 2014, Marzo 7)



En campaña, la dicotomización resultaba una estrategia eficaz puesto que se simplificaba la contienda a dos isotopías contrarias: guerra / paz, y se eliminaban, de paso, los matices de las divergencias: querer la paz, pero no la manera como se estaba negociando; querer la paz, pero derrotando militarmente a las Farc; querer la paz, pero sin beneficios para los alzados en armas, etc. Hoy, sostener la dicotomía no es conveniente, puesto que el éxito de la refrendación de las negociaciones depende de la aceptación de un porcentaje considerable de la ciudadanía. Hoy, para Santos, quienes acompañaron la propuesta de la salida militar con Zuluaga ya no son los guerreristas, ellos también quieren, «en esencia, la misma paz».

Ahora bien, ¿en qué consiste la polarización? La polarización acentúa la oposición entre personas o grupos identitarios respecto de un punto de vista, una ideología, una concepción política del mundo y de la sociedad en oposición a otra; lo que supone la puesta en escena de dos facciones que se declaran unas a favor, otras en contra de tal o cual posición. Lo que realmente está en juego en una relación de tipo polémico es el incremento en el nivel de adhesión a una u otra posición. Es aquí donde entran en juego los recursos y estrategias discursivas de los enunciadores al punto de generar una tensión entre ambas posiciones.

La polarización puede ser definida como un proceso a través del cual un público extremadamente diversificado se congrega en dos grupos, fuertemente contrastados y mutuamente exclusivos. Estos grupos exhiben puntos de vista que comparten una gran solidaridad para con los valores que el argumentador considera como fundamentales (King & Anderson, citados por Amossy. 2014, p. 59).

Quien se dispone, definitivamente, a captar la atención de un vasto grupo de individuos con el objeto de llevarlos a adherir a un determinado posicionamiento, recurre con frecuencia a la consigna «*divide et impera*», el propósito de esta estrategia política consiste en impedir la unión o respaldo entre los ciudadanos al poder central llamando a la disidencia en favor de intereses grupales particulares.

«Divide y vencerás» es, igualmente, una forma de control que impide no solo develar al verdadero poder despótico, sino además los intereses generales en favor de unos cuantos.

La concentración o reagrupamiento de ciertos sectores en favor de una tesis, obliga entonces a pensar a estos actores en términos actanciales: no se trata de mirar los diferentes actores como sujetos discursivos individuales que adhieren a un punto de vista, si no en el rol de actantes que operan como un solo cuerpo con una misma voz en favor de la tesis defendida. En este sentido, la campaña presidencial puso de relieve «la geografía de un país polarizado», como lo reseñó la revista *Semana*:

Las elecciones de 2014 pintaron el territorio nacional de los colores del santismo y del uribismo. La reelección del presidente Santos se debió al aumento de los votantes de la costa Caribe y de la alianza con sectores de izquierda por el proceso de paz que elevó la participación en Bogotá y otras capitales. Aunque derrotados en la carrera hacia la Casa de Nariño, los uribistas lograron irrumpir exitosamente en varias regiones y ganar las tres jornadas electorales de este año. (*Semana*, 2014, Julio 5)

La predisposición a la polarización, al igual que la dicotomización, simplifica, pero al mismo tiempo trivializa los debates al suponer que a una versión de los hechos se le opone otra y solo otra interpretación, lo cual lleva a sacar del debate posturas intermedias que podrían dar lugar a la solución del diferendo.

Ahora bien, la polarización no provoca solamente un movimiento de reagrupamiento por identificación, sino que además se propone descalificar al adversario, por lo que conduce a la construcción del contendiente como símbolo del mal. Se trata de fortalecer la identidad del grupo invalidando la del oponente; en tal sentido, construye un enemigo común, descalifica o desautoriza el *ethos* de su adversario, el del grupo y la ideología que representa. En últimas, busca la muerte simbólica de éste con el fin de sacarlo de la contienda discursiva.

Kerbrat-Orecchioni, sostiene, en este sentido, que «el discurso polémico es un discurso descalificador que apunta a un blanco, su propósito pragmático dominante [es] desacreditar al adversario, y al discurso que se supone lo sostiene» (citada por Amossy, 2010b). Ahora bien, este proyecto de desacreditación del adversario busca correlativamente acreditar su propia propuesta, lo que supone hacer construcciones o simulacros contrapuestos. En esta perspectiva, el oponente presenta una imagen negativa de su adversario y se presenta a sí mismo con una imagen favorable, la cual puede ponerse en escena ya sea de manera implícita o explícita. Este juego de representaciones apunta a un mismo objetivo: seducir o captar la adhesión del destinatario.

Estos tres rasgos que presenta Amossy como característicos del discurso polémico: la dicotomización, la polarización y la descalificación del adversario, fueron, pues, las marcas que se impusieron en la campaña presidencial. Estas posturas antagónicas que se expresaron en el terreno electoral con la toma de posición de diferentes actores, terminaron configurando en el nivel de la enunciación dos conjuntos diametralmente opuestos: en favor o en contra de los diálogos de paz, dos voces discursivas que ponen en evidencia los roles actanciales del agonista y el antagonista. Esta polarización y la contundencia en el manejo de las imágenes éticas por cada uno de los actantes, permitió, finalmente, que una ciudadanía diversa y heterogénea se fusionara con la imagen que logró imponerse, quedando en evidencia un país polarizado en torno a las conversaciones de paz.

Veamos algunos ejemplos de estas tres características del discurso polémico que hicieron parte de la campaña presidencial de 2014 en Colombia y en la que los diálogos de paz constituyeron la manzana de la discordia.

Los diálogos de paz se iniciaron en La Habana, en medio de un clima de escepticismo, como consecuencia de la mala experiencia que habían dejado las negociaciones del Caguán. No obstante, diversos sectores del país reaccionaron ante el anuncio de manera favorable, declarando su apoyo irrestricto al presidente Santos, quien sorpresivamente había dado un giro hacia la búsqueda de la paz por la vía negociada. Pero así mismo como se declaró este apoyo, otros sectores se mostraron manifiestamente contrarios frente a los anuncios, advirtiendo categóricamente el fracaso de las negociaciones.



Hay que decir, como en su momento lo reseñó *La Silla Vacía*, que los jefes de la gran prensa se alinearon con Santos y que los sectores de opinión, a medida que avanzaban las conversaciones y se producían resultados que hacían presagiar un compromiso serio por parte de las Farc, consolidaban su postura en favor de las negociaciones, al tiempo que construían la paz como ese objeto de valor que solo Santos podría alcanzar, no solo porque se mostraba como un sujeto intencionado y modalizado por el querer y el poder hacer, sino porque reconocían, así lo manifestó la prensa, que su talante democrático llevaría la paz a buen puerto.

Eventos como la instalación de los diálogos en Oslo, el primer acuerdo sobre el tema agrario y el segundo sobre participación política se convirtieron en pulsos que dieron lugar a una narrativa a favor y en contra del proceso que se adelantaba en La Habana.

Los contradictores de los diálogos lograron posicionar la imagen de unas Farc que no tenían voluntad de paz y que nuevamente engañarían al país, como era su costumbre: «Diálogos, fracaso seguro», tituló Alfredo Rangel, hoy congresista por el Centro Democrático, su columna de opinión.

Los diálogos de paz que se inician esta semana en La Habana no tienen la mínima posibilidad de éxito. Por dos razones: de un lado, por la soberbia y las exageradas pretensiones de la guerrilla, que aún no ha tomado la decisión de abandonar la lucha armada, y, de otro lado, por la ingenuidad y el desconocimiento del pasado de los negociadores del Gobierno. El resultado es una diferencia abismal entre las visiones que tienen las dos partes sobre la agenda, los procedimientos, la duración y el resultado de los diálogos de paz, diferencia irremediable que garantiza su fracaso. (*Semana*, 2012, Noviembre 11)

El proceso de diálogos, que para el 11 de noviembre apenas daba su inicio en La Habana, con una guerrilla sentada a la mesa con el propósito de poner en marcha, junto con el gobierno, una hoja de ruta pactada entre las partes, fue sepultado por el uribismo en su etapa de arranque.

Para el Centro Democrático la negociación tiene como condición el sometimiento del grupo insurgente, de allí que buscar en ella un acercamiento entre visiones abismalmente distintas de la agenda no es más que una claudicación del gobierno.

Una negociación se define, justamente, por un interés encaminado a buscar puntos de acuerdo, por la intención de ir al encuentro de soluciones alternativas al conflicto, puesto que toda negociación busca ventajas que satisfagan los intereses de ambas partes; una rendición es otra cosa y solo es potencial cuando uno u otro bando se declara incapaz de continuar con las hostilidades.

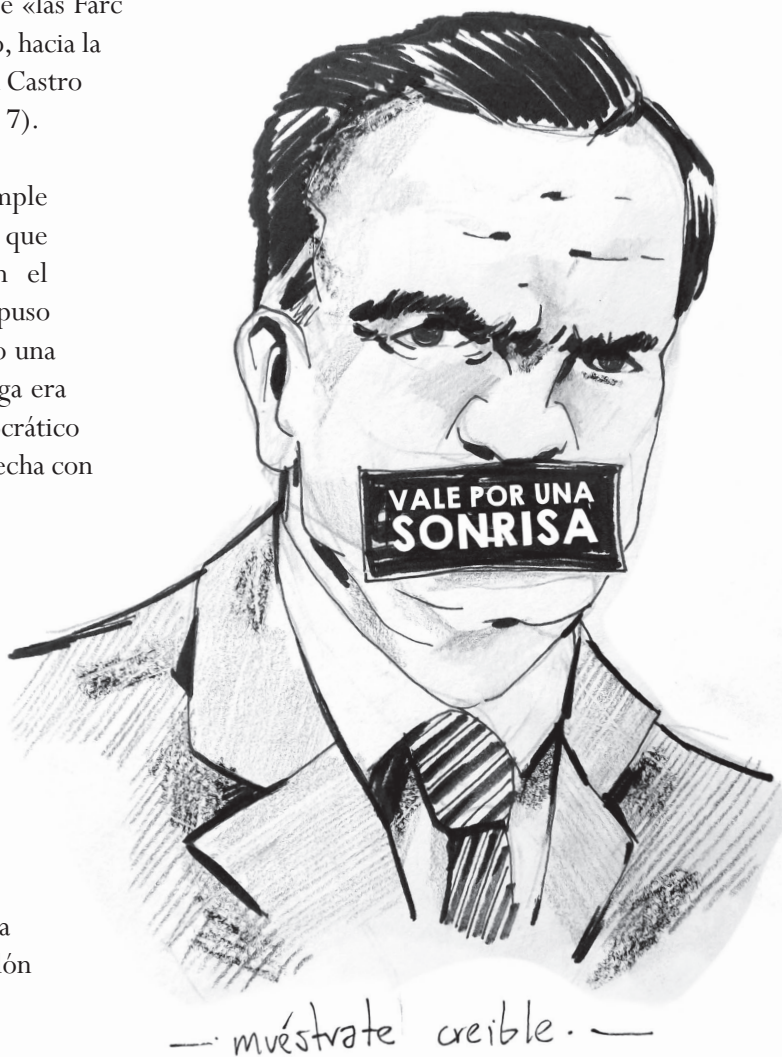
El uribismo, de este modo, le da existencia discursiva a una opinión pública que rechaza los diálogos al cambiar el sentido de los términos pasando de un extremo a otro, pero, además, se presenta como un iluminado que tiene el don de la clarividencia y que es capaz de anticipar las verdaderas intenciones de las Farc y por tanto el resultado final del «show» impuesto en La Habana. Nada nuevo bajo el cielo, este ruido reafirma la imagen de unas Farc mentirosa que hizo carrera durante los 8 años del gobierno Uribe (2000- 2008).

Ahora bien, el enfrentamiento no termina con la ofensiva en contra del movimiento insurgente: el equipo negociador del gobierno en La Habana, de acuerdo con el uribismo, es construido con un ethos de incapacidad e ingenuidad que desconoce lo que el uribismo es capaz de ver con meridiana transparencia.

El uribismo, igualmente, posicionó la imagen de un presidente mentiroso, un traidor que no solo estaba negociando una paz con impunidad, sino que además les estaba entregando el país a los terroristas. Las zonas de reserva campesina fueron calificadas de repúblicas independientes y en cuanto a la participación política se dijo que «las Farc avanzaban, con el consentimiento del Gobierno, hacia la toma de la democracia para llevar a Colombia al Castro Chavismo» (El Colombiano, 2013, Noviembre 7).

Los diálogos no pasaban de ser más que un simple show, un espectáculo patrocinado por Santos, que se había convertido, irremediamente, en el títere del terrorismo. A esta narrativa se opuso otra: a una paz con impunidad se le contrapuso una guerra con impunidad, apoyar a Uribe/ Zuluaga era «cohonestar con el delito» y el Centro Democrático fue calificado como un partido de extrema derecha con tintes de neofascismo.

Cada una de estas acciones se convirtieron en pulsos que fueron llevando a la configuración de los actores y actantes del proceso, a la construcción de sus respectivas imágenes, a la toma de posición frente a la conveniencia o no de los diálogos; en fin, a la construcción de una escena completamente polarizada en la que la dicotomía guerra / paz logró posicionarse de manera dominante y en la que la descalificación del adversario fue su telón de fondo en la campaña presidencial.



Ahora, la celebración de las elecciones legislativas, el 9 de marzo, marcó un giro en la campaña con su consecuente repercusión. El uribismo se convirtió en la primera fuerza de oposición del congreso con 20 curules; este impulso significó un nuevo aire para la candidatura de Zuluaga, que, hasta la fecha, había sido casi invisible y su imagen seriamente afectada por el escándalo que generó la manera como resultó electo como candidato presidencial en la convención del Centro Democrático. Tres días después, las Farc reaccionaron, desde La Habana, afirmando que Óscar Iván Zuluaga era un «títere al servicio de la guerra»; imagen que cogió fuerza en medios y redes sociales y que se reforzó hasta el final de la campaña.

Entre el 4 de mayo y el 17 del mismo mes estallaron dos escándalos: los supuestos dos millones de dólares que entraron a la campaña de Santos en el 2010 y las interceptaciones del hacker a los opositores de Zuluaga y a los diálogos de paz. De estos dos acontecimientos se desprendió una seguidilla de eventos que llevaron la confrontación a su pico más alto, generando reacciones encontradas de uno y otro lado.

El escándalo de los 12 millones de dólares supuestamente entregados por un grupo de narcotraficantes a J.J. Rendón, entonces asesor de la campaña de Santos, para negociar su entrega ante las autoridades, y el posterior señalamiento de Uribe sobre el desembolso de dos millones de dólares que realizaría Rendón para cubrir deudas de la campaña Santos 2010, fueron inmediatamente conectados, por sus adversarios, con el proceso 8.000 que se le adelantó al entonces presidente de la república Ernesto Samper Pizano (1994-1998) por el ingreso de dineros del narcotráfico a su campaña. Fernando Londoño, reconocido uribista, tituló su columna de opinión del 6 de mayo de 2014 en el diario El Tiempo: «El 8.000 de Santos», recurrió así a un acontecimiento que estaba en la memoria de los colombianos y selló la campaña de Santos con el narcotráfico. Inmediatamente, este lance fue contestado por los oponentes con la captura del hacker Andrés Sepúlveda, quien trabajaba para la campaña de Zuluaga, que a su vez fue conectado con el periodo de chuzadas del otrora Departamento administrativo de Seguridad (DAS) del gobierno Uribe.

En un titular de prensa en el diario El Tiempo el 19 de mayo de 2014, Santos declara: «Esta es ya una campaña delincencial» y añade: «Yo sabía que había enemigos de la paz, pero nunca pensé que llegáramos a los extremos de delinquir. Han recurrido a todo para sabotear el proceso y matar esta esperanza de paz», enfatizó a propósito de la revelación del video del hacker (El Tiempo, 2014, Mayo 19).

El 16 de mayo se firmó el tercer acuerdo sobre drogas ilícitas, calificado por el uribismo como «un pacto de claudicación del Estado con tinte electorero». Pese a los avances en la mesa, el 25 de mayo Zuluaga, protegido por una especie de efecto teflón, ganó la primera vuelta sin que los escándalos en los que se vio implicado tuvieran, al parecer, alguna consecuencia negativa sobre su imagen. Una vez obtenida esta primera victoria y en una especie de asegurado triunfalismo para la segunda vuelta, una voz del Centro Democrático (José Obdulio Gaviria) se dejó oír a través de un trino: «El juicio político criminal por su abuso de poder contra el expresidente Juan Manuel Santos, a partir del 7 de agosto, deberá ser ejemplar» (Rcn, 2014, mayo 27).

Este resultado electoral disparó las alarmas respecto de un retorno del uribismo al poder, lo que tuvo como consecuencia el establecimiento de alianzas entre sectores contrarios: columnistas de opinión, partidos de izquierda, indígenas, sindicatos y empresarios declararon públicamente su apoyo a

Santos. El 7 de junio el gobierno hizo un nuevo anuncio: las Farc reconocieron a las víctimas y el uribismo arremetió nuevamente: «Las Farc son los principales victimarios de Colombia, [...] es lamentable que un presidente busque la reelección teniendo como su gran aliado al principal cartel del narcotráfico y a un grupo de terroristas» (Zuluaga, 2014, Junio 7).

El 9 de junio se llevó a cabo el último debate presidencial, del que la imagen de Zuluaga salió bastante lesionada. Los titulares de la prensa abundaron en ataques personales proferidos desde ambos sectores y cada quien construyó a su adversario como enemigo y fuente del mal: Uribe representaba la guerra perpetua y Santos no era el presidente de la paz; Zuluaga ofrecía un gobierno de venganza y Santos les estaba entregando el país a las Farc; Zuluaga era el títere de Uribe, Santos el títere del terrorismo; a un modelo de gobierno con ribetes de fascismo se le opuso el de la venezolanización. En las urnas, la decisión era por un salto hacia el futuro logrando la paz o retornar a un pasado anclado en la guerra.



El 15 de junio, Santos, en medio de un clima de polarización y dicotomización frente a los diálogos de paz, gana la segunda vuelta, acompañado por diversos sectores de la izquierda democrática. Santos logró así, imponer la dramaturgia de la paz, desmarcándose de la imagen de su adversario, a quien le opuso valores contrarios.

## Notas

---

- <sup>1</sup> Este artículo hace parte del desarrollo de la tesis doctoral: *Ethos: discurso y contradiscurso. La disputa por la opinión pública durante la campaña presidencial de 2014 en Colombia, a propósito de las negociaciones de paz entre las FARC-EP y el gobierno de J.M. Santos.*

## Referencias

---

- Amossy, R. (2010). *L'argumentation dans le discours*. Paris: Nathan.
- \_\_\_\_\_. (2014) *Apologie de la polémique*. Paris: Puf.
- Bajtín, M. (1979). *Problemas de la poética de Dostoievski*. Medellín: Fondo de Cultura Económica.
- Greimas, A. J y Courtés. (1979). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Gredos.
- Voloshinov, V. (1992). *El marxismo y la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.

## Recursos electrónicos

---

- León, J. (2014, Julio 22). La paz boba del discurso de Santos. *La silla vacía*. Recuperado de: <http://lasillavacia.com/historia/la-paz-boba-del-discurso-de-santos-vs-la-que-esta-negociando-48198>
- Entrevista. (2014, Mayo 22). «Esta elección es entre la paz o la guerra». *Semana.com*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/elecciones-2014/articulo/santos-esta-eleccion-es-entre-la-paz-la-guerra/387985-3>
- Editorial. (2014, Julio 5). La geografía de un país polarizado. *Semana.com*. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/geografia-de-un-pais-polarizado/394413-3>
- Entrevista. (2014, Abril, 4). «Santos se ha convertido en el títere del terrorismo». *ABC.es*. Recuperado de <http://www.abc.es/internacional/20140403/abci-colombia-entrevista-alvaro-uribe-201404021752.html>
- Uribe, A. (2013, Noviembre 7). Rechazable que se negocie institucionalidad con Farc. *El Colombiano*. Recuperado [http://www.elcolombiano.com/historico/rechazable\\_que\\_se\\_negocie\\_institucionalidad\\_democratica\\_con\\_farc\\_uribe-MYEC\\_268657](http://www.elcolombiano.com/historico/rechazable_que_se_negocie_institucionalidad_democratica_con_farc_uribe-MYEC_268657)
- Delgado, A. (2013, Noviembre 16). Uribe: un acuerdo de paz daría espacio al Castro-Chavismo en Colombia. *El nuevo Herald*. Recuperado de: <http://www.elnuevoherald.com/noticias/sur-de-la-florida/article2028158.html>
- Suárez, J. (2014, Mayo 27). Polémica por trino amenazante de José O. Gaviria al presidente. *Noticias Rcn*. Recuperado de <http://www.noticiasrcn.com/nacional-pais/polemica-trino-amenazante-jose-o-gaviria-al-presidente>
- Santos, M. (2014, Mayo 19). «Esta es ya una campaña delincuencia». *El Tiempo.com*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/politica/partidos-politicos/escandalo-por-reunion-de-hacker-con-zuluaga-juan-manuel-santos-dice-que-es-campana-delincuencia/14006796>
- Suárez, R. (2014, Febrero 12). Óscar Iván Zuluaga: ¿Candidato o marioneta? *Pulzo*. Recuperado de <http://www.pulzo.com/opinion/oscar-ivan-zuluaga-candidato-o-marioneta-81561>
- Uribe, A. (2012, Octubre 28). Paz con impunidad es flor de un día. *Semana.com*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/paz-impunidad-flor-dia-uribe/267081-3>
- \_\_\_\_\_. (2013, Noviembre 13). Uribe arremetió contra el acuerdo con las FARC sobre participación política. *Yahoo Noticias*. Recuperado de <https://co.noticias.yahoo.com/uribe-arremeti%C3%B3-contra-el-acuerdo-con-las-farc-sobre-participaci%C3%B3n-pol%C3%ADtica-154533387.html>
- Zuluaga, I. (2014, Junio 7). Zuluaga restó importancia a iniciar discusión de víctimas. *Vanguardia.com*. Recuperado de <http://www.vanguardia.com/actualidad/colombia/263805-zuluaga-resto-importancia-a-iniciar-discusion-de-victimas>